



Revista Affectio Societatis  
Departamento de Psicoanálisis  
Universidad de Antioquia  
[revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co](mailto:revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co)  
ISSN (versión electrónica): 0123-8884  
Colombia

Tipo de documento: Artículo de investigación

2018

Jeffri Alexander Zúñiga Urriago & Daiana Erazo Erazo  
**ADICCIÓN Y DESEO: EL DESANUDAMIENTO DEL SUJETO**  
Revista Affectio Societatis, Vol. 15, N° 29, julio-diciembre de 2018  
Art. # 5 (pp. 107-127)  
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia  
Medellín, Colombia

# ADICCIÓN Y DESEO: EL DESANUDAMIENTO DEL SUJETO<sup>1</sup>

Jeffri Alexander Zúñiga Urriago<sup>2</sup>  
Universidad del Valle, Colombia  
[jazu7200@gmail.com](mailto:jazu7200@gmail.com)  
ORCID: 0000-0003-3595-3277

Daiana Erazo Erazo<sup>3</sup>  
Universidad del Valle, Colombia  
[daiana.e@hotmail.com](mailto:daiana.e@hotmail.com)  
ORCID: 0000-0002-2429-845X

DOI: 10.17533/udea.affs.v15n29a05

## Resumen

El presente artículo se deriva de una investigación teórica. En él se pretende describir el estatuto del deseo en la adicción a las drogas a través de las nociones de objeto, cuerpo y tiempo. Se toma distancia de la idea de la adicción como autoflagelo y se entiende mejor como una forma de

resguardarse del dolor en un narcisismo absoluto, lo que se traduce en una desubjetivación por efecto de la “operación del *phármakon*”.

**Palabras claves:** adicción, drogas, subjetividad, deseo, sujeto.

- 
- 1 Lo que sigue es una síntesis del resultado de la monografía homónima presentada como requisito para optar por el título de psicólogos en la Universidad del Valle, Colombia, realizada entre 2012 y 2014. La investigación estuvo bajo la dirección de Pierre Ángel González (Q.E.P.D) y tuvo como jurados a Tatiana Calderón y Diego Mercado. A ellos nuestro más sincero agradecimiento.
  - 2 Psicólogo de la Universidad del Valle. Psicólogo en la Asociación Pro Bienestar de la Familia Colombiana (Profamilia).
  - 3 Psicóloga de la Universidad del Valle. Agente Educativo en ICBF-ASOCAÑA.

## ADDICTION AND DESIRE: THE UNKNOTTING OF THE SUBJECT

### Abstract

This paper is the result of a theoretical research. It aims at describing the status of desire in drug addiction by taking into account the notions of object, body, and time. It steps away from the idea of addiction as self-flagellation to understand it as a form of

protection from pain in an absolute narcissism, which means a desubjectivation due to the “operation of the *phármakon*”.

**Keywords:** addiction, drugs, subjectivity, desire, subject.

## DÉPENDANCE ET DÉSIR : LE DÉNOUAGE DU SUJET

### Résumé

Le présent article est issu d’une recherche théorique. Il vise à décrire la position du désir dans la dépendance aux drogues par le biais des notions d’objet, corps et temps. L’on s’éloigne de l’idée de la dépendance en tant qu’autoflagellation pour l’aborder plutôt comme un moyen de se pro-

téger de la douleur dans un narcissisme absolu. Cela se traduit par une désubjectivation par effet de l’«opération du *phármakon*”.

**Mots-clés :** dépendance, drogues, subjectivité, désir, sujet.

Recibido: 22/9/2017 • Aprobado: 25/1/2018

## Introducción

La adicción a las drogas es un tema complejo y susceptible de abordarse desde ámbitos como la política, la medicina, la sociología, la antropología, la farmacología, la psicología, entre otras. Aunque existen diferencias en la manera en que se concibe la adicción en cada disciplina parece un lugar común el intento de evitarla a partir de la información de sus peligros, asunto que se puede evidenciar con facilidad en la cotidianidad de los padres con sus hijos, así como en los esfuerzos del Estado mediante sus programas de prevención<sup>4</sup>. Sin embargo, esta visión pedagógica no es suficiente para comprender el fenómeno adictivo, pues diversos estudios (Laespada, Iraurgi y Aróstegi, 2004; Cáceres, Salazar, Varela y Tovar, 2006; Castaño y Calderón, 2010) demuestran que pese al conocimiento de las consecuencias negativas a nivel social, físico y psicológico que puede acarrear, no logra mitigarse. En este sentido, creemos que se debe acudir a otro punto de vista sobre el asunto, más allá de la descripción del comportamiento adictivo, que nos permita adentrarnos en sus implicaciones psíquicas.

En este punto es donde el psicoanálisis nos permite una comprensión más profunda en relación con la adicción y la psique humana, rebasando la lógica y la conciencia para descubrir que consiste en una forma de lidiar con el sufrimiento, lo que no quiere decir que no deje elevados costos en la vida psíquica. Considerando los abordajes de diferentes autores psicoanalíticos, partimos desde la etimología de la palabra adicción para su desarrollo conceptual, tomando en cuenta la riqueza semántica que nos posibilita y sirve como punto de anclaje con la clínica, que nos lleva a plantear la idea de esclavitud, que es, en última instancia, la que permite hablar de una dependencia.

En el presente artículo nos proponemos exponer los resultados de nuestra investigación monográfica *Adicción y deseo: el desanuda-*

---

4 Puede revisarse, por ejemplo, *La prevención y la mitigación en manos de los y las jóvenes. Herramientas pedagógicas en prevención del consumo de sustancias psicoactivas y mitigación del impacto, para líderes de organizaciones juveniles*. (2010). Bogotá, D.C. Colombia: Ministerio de la Protección Social; UNODC - Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito.

*miento del sujeto*, cuyo propósito se centró en describir el estatuto del deseo en la adicción, a partir de la lectura del texto *Toxicomanías y psicoanálisis: la narcosis del deseo* de Sylvie Le Poulichet (1987). Para ello nos trazamos como objetivos específicos, en primera instancia, exponer algunas dimensiones del costo psíquico del adormecimiento del deseo; en segunda, indagar sobre el lugar del cuerpo; y finalmente, indagar sobre la constitución del tiempo psíquico en la adicción.

## Adicción y deseo: una aproximación conceptual

Pedinielli y Bonnet (2008) retoman el término en latín *ad dicere* que significa “ser llamado para”, es decir, ser llamado como esclavo para un amo como pago de una deuda sin saldar. Los autores proponen que la adicción designa una operación jurídica de “obligación por el cuerpo”. Dicho cuerpo deviene otro, se aliena en el otro y sirve como sustituto de la deuda pendiente. Resaltan como ejes de interés para el psicoanálisis la pasividad de ese “ser dado” y la asimetría de relaciones que supone la esclavitud. En esta vía, McDougall (2001) señala que el término “adicción” viene del latín *Addictus*, que se refiere a una costumbre antigua en la cual un individuo era dado como esclavo. Ambas definiciones tienen un punto de partida en común, pero lo que se va a poner de relieve en esta última es la diferencia en las concepciones entre la terminología francesa y la anglosajona. En la primera, dice la autora, se insinúa “*el deseo de hacerse daño*” (p.1, cursivas en el original), mientras que la traducción inglesa del término se refiere al adicto como “*esclavo de una sola solución para escapar del dolor mental*” (p.1, cursivas en el original). A estas definiciones subyacen concepciones distintas: por un lado, está el adicto como alguien que se autodestruye, y, por el otro, como alguien que intenta una solución.

Es la segunda perspectiva la que nos interesa, y para lograr comprenderla mejor debemos recordar que la relación del ser humano con la droga es de vieja data. De hecho, la droga tuvo su lugar en las reflexiones filosóficas de la Antigüedad griega, en donde, más que utilizar una palabra para denotar a la droga, se hablaba del *phármakon* como una noción. En este sentido, carece de un carácter propio,

de esencia, de ser, pues no es una sustancia en el sentido metafísico, físico, clínico o alquímico, y es por esto que no se le puede manipular con seguridad, ya que sus efectos pueden cambiar de sentido. Según Derrida (1975) esta palabra da cuenta de una ambigüedad: es veneno y es remedio.

Un claro ejemplo de esta dualidad antinómica es la cicuta que bebió Sócrates como castigo impuesto por los atenienses. La cicuta es presentada por Sócrates como veneno bajo el nombre de *phármakon*, pero es gracias a la racionalidad de este filósofo que se convierte en un medio de liberación, en un remedio. No obstante, pareciera que se hubiese olvidado tal ambigüedad y fácilmente se califica la droga como un flagelo por la violencia de sus efectos, especialmente en el campo de las toxicomanías. Se consolidan entonces teorías sobre la autodestrucción. De antemano se culpa a la droga y se le trata como si *per se* tuviera el mal adentro. Es entonces la prescripción la que le da identidad al *phármakon*, separando los límites entre el veneno y el remedio (Le Poulichet, 1987/2005).

En concordancia con la propuesta de Le Poulichet (1987/2005), partiremos de la idea que el adicto busca una ganancia con su consumo, no es una cuestión de querer autodestruirse, como lo sugiere la definición francesa de “adicción” (McDougall, 2001). Bien podría decirse que el adicto busca una cura, una solución a una problemática psíquica. Siendo así, ¿cuál es la problemática psíquica que antecede a la adicción?, ¿cómo se busca solucionar esta problemática interna mediante el consumo de drogas?

Volvamos a Pedinielli y Bonnet (2008), pero esta vez detengámonos un poco sobre su tesis de la “economía paralela”, que hace referencia a la entrega de sí, especialmente la entrega del cuerpo, esta vez no al Otro<sup>5</sup> sino a la droga.

---

5 El Otro entendido aquí como el lenguaje, como ese “lugar, más allá del partenaire imaginario, en donde se sitúa lo que, anterior y exterior al sujeto, lo determina” (Pedinielli y Bonnet, 2008,p.3).

Para entender mejor dicha tesis, conviene recordar la marcada dependencia del bebé humano cuando nace. Es un ser desvalido que necesita se lo humanice, se le atribuyan estados psicológicos, se lo trate como un humano. Cuando eso sucede, el adulto va a interpretar su llanto, sus movimientos, su mirada y, en esa medida, va a llevar a cabo una “acción específica” (Freud, 1895/1992) que va a saciar a este bebé en sus necesidades nutricias, su comodidad y su placer. Pero, más allá de esas satisfacciones, el bebé necesita ser introducido en el lenguaje y lo hace gracias al otro. Esta dependencia, dicen Pedinielli y Bonnet (2008), es una alienación necesaria, porque no hay otra forma de ser en el lenguaje que no sea mediante esa sumisión. El problema es que esa sujeción puede resultar amenazante para algunos, y es por eso que en la adicción hay un intento de liberarse de tal alienación insoportable, la búsqueda se orienta a la entrega a algo sin palabra ni deseo para que no resulte amenazante, o sea, a la droga. Es en esto que consiste el carácter económico. Al interrogarme por el deseo del Otro me pregunto por mi propio deseo; cuando digo: “¿qué desea el Otro -de mí-?”, esto retorna de forma especular transformado en: “¿qué deseo?” (Mathelin, 2001).

Aquí vemos cómo, nuevamente, aparece la alienación amenazante del sujeto por ese Otro. Pero si bien el niño está inmerso en el lenguaje desde que nace, esto no quiere decir que reconozca, desde el primer momento, su ordenamiento simbólico. En tal caso, ¿cómo accede el niño al lenguaje? En el momento en que reconoce su carencia de ser, es decir, cuando se reconoce como sujeto en falta. Inicialmente, el deseo del niño es el deseo de la madre; mas no es desear a la madre, sino que su deseo va a ser el mismo que el de ella. Se trata de un deseo alienado al Otro, condición fundamental para la humanización del niño. Sin embargo, hasta aquí el niño no tiene un deseo propio, en el sentido estricto de la palabra el niño aún no desea, en lugar de eso se ubica como el objeto de deseo de la madre. Esto gracias a que es ella la que le proporciona todas las donaciones necesarias para su bienestar, es una totalidad que contiene todos los objetos (Safouan, 1968/1971).

Conforme a lo anterior es necesario ampliar sobre la definición de deseo, para lo cual acudimos a la que ofrece Freud (1900-1901/1991) en un pasaje de “La interpretación de los sueños”:

Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción (pp.557-558).

Visto de esta forma, el deseo es definido en función de una primera experiencia de satisfacción que queda grabada en el psiquismo y que, posteriormente, puede ser reproducida mediante la alucinación, es decir, una falsa percepción. La alucinación tiene lugar cuando, en ausencia de la percepción que satisfaga el deseo, el psiquismo inviste la huella mnémica correspondiente a la percepción, aun faltando el objeto que se percibió. Así, entenderemos el deseo como la búsqueda de aquella primera experiencia de satisfacción, para lo cual es necesario, en primer lugar, una experiencia perceptiva inicial que es del orden de la necesidad –como el hambre, por ejemplo– y que constituye el vector que orientaría el deseo. En relación con la adicción es importante señalarlo, pues ésta es tomada como un fenómeno de repetición que se establece siempre en la constante búsqueda de satisfacción, pero veremos más adelante que se trata de una satisfacción de una necesidad mas no del deseo, ya que en el consumo lo que el sujeto busca es eliminar todas aquellas fuentes que susciten el deseo.

Ahora, para Freud (1895/1992) los procesos primarios tienen lugar en el inconsciente y, por ende, están regidos por el principio de placer. Sin embargo, dichos procesos apuntan a una identidad de percepción para lograr la reproducción alucinatoria de los movimientos y del objeto que produjeron la experiencia de satisfacción, pero la percepción está del lado de la consciencia, y ésta se rige por el principio de realidad. Esto implica que, para hablar de deseo, sería necesario afirmar que es, en últimas, el principio de realidad el que gobernaría



los procesos primarios; lo cual sería absurdo. No obstante, de acuerdo con Safouan (1968/1971), esta paradoja es más bien una respuesta, puesto que afirmar que los procesos primarios apunten a una identidad de percepción, siempre fallida, sugiere la idea de que lo que no puede encontrarse en el ámbito consciente termina por significarse en el ámbito inconsciente.

Con respecto a lo dicho, el autor advierte el error de considerar la alucinación como un hecho posterior a una primera experiencia de satisfacción de una necesidad, y cita otro fragmento de “La interpretación de los sueños” donde Freud (1900-1901/1991) menciona que “No ocurre que sea consciente un deseo y luego su realización alucinatoria. Sólo esta última será consciente y el eslabón intermedio –el deseo– tiene que ser inferido” (p.257).

Es claro hasta aquí que el deseo es inconsciente, pero más que la dependencia respecto a una experiencia de satisfacción perceptual, el deseo se instaura gracias a la carencia que introduce el lenguaje; carencia que escinde al sujeto en sus dos ámbitos y que hace posible hablar del inconsciente. Cabe preguntarnos, entonces, ¿cuál es esa carencia? Safouan (1968/1971) va a decir que es lo desconocido, pues si todo fuera conocido por cada sujeto éste coincidiría sin desfase con sus propias intenciones y opiniones. El lenguaje presenta una doble cara: una que se oculta y una que se muestra. Es el lenguaje el que designa, el que permite nombrar y organizar mediante las palabras aquello que es conocido para mostrárselo a quien lo desconoce. Incluso en sus propios actos de habla el sujeto no sabe lo que está haciendo. Gracias a que no todo está dicho, y lo dicho no siempre es sabido por el propio sujeto, podemos hablar del descubrimiento del inconsciente, pues “en el nivel del lenguaje siempre hay algo más allá de la consciencia” (p.267).

Sumado a lo anterior, es de considerar que la castración introduce una falta simbólica en la culminación del complejo de Edipo, a saber, el falo. En la etapa fálica, el niño entiende que el padre es quien ostenta el falo que hace gozar a la madre y, para la resolución del complejo de Edipo, se ve en la encrucijada de ser un falo para su madre o tener uno: el niño finalmente renuncia a ser falo para poder tenerlo. Im-

pera, pues, la Ley del Padre. Ley entendida como la prohibición del incesto, que se impone como un límite que debe ser respetado como condición de acceso a la cultura y, como tal, constituye una ley simbólica que pone al sujeto en falta y, por tanto, lo hace deseante.

Tenemos, entonces, que el lenguaje ordena el deseo gracias a la instauración de la Ley (Safouan, 1968/1971). Así, el niño o la niña le va a hacer todo tipo de demandas, aquí y allá, sin que la madre pueda ofrecerle un objeto real que lo satisfaga, puesto que el objeto que busca es imaginario. Cuanto más intente la madre cumplir con los cuidados de su pequeño, entre más le procure objetos de satisfacción, más lo acerca a la frustración, no importa lo que le ofrezca ni cómo lo haga. No es la búsqueda de lo que ella tiene, al contrario, de lo que no posee, es decir, su carencia. No hablamos más que del falo, que representa la falta, lo que no se tiene. Jamás el deseo podrá tener una realización completa, pues es la insatisfacción la que lo mantiene vivo, y todo porque el objeto que procuraba la primera experiencia de satisfacción es un objeto imaginario que nunca se tuvo (Gutiérrez, 2010). Dicho en otros términos, no hay objeto que satisfaga el deseo.

La ilusión alimenta la idea de que es posible conseguir el objeto, y es mediante la alucinación que se intenta reproducir esa huella mnémica perceptiva. Sin embargo, al no existir tal objeto, cualquiera es útil para alcanzar la meta de toda pulsión: su satisfacción. No es gratuito que haya un esfuerzo por parte del niño de materializar dicho objeto inexistente en objetos parciales, como el seno o el excremento fálico (Safouan, 1968/1971). Puesto así, ¿qué se puede decir del objeto en la adicción?, ¿habrá un intento de materializar el objeto en la droga? O, dicho de otra manera, ¿se puede considerar a la droga como un objeto-madre?

## El “reencuentro” con el objeto: la ficción de lo imposible

En relación con la primera experiencia de satisfacción proporcionada por la madre al ser la fuente de satisfacción de toda necesidad, el niño inviste a la madre como una madre fálica, quien al no cumplir inme-

diatamente las necesidades del bebé, lo introduce en la espera y en el deseo. Esta carencia de ser se estructura en la etapa fálica con la castración y la introducción a la Ley, lo cual implica el reconocimiento de su mortalidad y el asumirse como un sujeto en falta, que es representada por el falo y se constituirá en el motor de la vida anímica. El falo es designado por Lacan (1956/1994) como un objeto de la privación del que no se tiene referencia alguna, por lo que es en esencia un objeto simbólico que, a diferencia de lo real, no le pertenece un espacio y nunca será hallado.

Para el surgimiento del deseo es importante retomar las tres posibles formas de cancelación de las excitaciones endógenas de las cuales Freud (1895/1992) nos habla en el "Proyecto". El primer caso se refiere a la coincidencia simultánea de la investidura-deseo de la imagen-recuerdo y la percepción del objeto deseado. La coincidencia plena desemboca en una descarga exitosa. Digamos que este caso es el que le atañe propiamente a la necesidad. El segundo caso, el más frecuente -dice Freud-, la investidura-deseo, coincide parcialmente con la percepción del objeto. De esta forma, la imagen-deseo tiene unas características a-b, pero la percepción del objeto tiene unas características a-c. Vemos que la "a" es la constante, llamada *cosa del mundo* {*Ding*} y la "b" es una parte de las propiedades variantes del objeto, llamada *predicado*. La coincidencia parcial da paso al proceso psíquico del juicio, provocado por la semejanza entre la investidura-deseo de un recuerdo y una investidura-percepción. Y la coincidencia de la investidura finaliza el pensamiento y permite la descarga. Pero es, finalmente, el tercer caso posible el que nos parece coincide punto por punto con el deseo soportado en la falta. Dice Freud (1895/1992) que en esta tercera posibilidad la investidura-objeto no coincide para nada con la percepción de objeto. Entonces, se sobreinvieste la imagen-percepción en busca de un recuerdo que se asemeje al menos en parte. Pero la radical diferencia con el caso anterior es que los procesos que de ahí se derivan no tienen meta, pues no hay satisfacción alguna. La discordancia da paso a la memoria pues el aparato psíquico buscará comparar cada percepción con el objeto-recuerdo que nunca existió.

Si bien Le Poulichet (1987/2005) desarrolla la idea de que en la adicción se pone en marcha el mecanismo alucinatorio como funcio-

namiento imperante en el psiquismo, es nuestra cuota la suposición de que el aparato psíquico entregado a la alucinación acaece como si todas las percepciones coincidieran con el objeto perdido, reduciendo los tres casos de semejanza perceptiva –absoluta, parcial y nula– a uno, el primero que describimos, en el que recuerdo y percepción coinciden plenamente. De esta manera, lo que se procura es una satisfacción ficticia del deseo, impidiendo que éste circule y produciendo el estancamiento de la libido, con lo cual las investiduras vuelven al yo, o sea, se produce una “estasis libidinal” sin descarga alguna.

La alucinación está del lado de la percepción, apuntando a investir el recuerdo del objeto; este camino ha sido llamado por Freud “regrediente”, contrario al que apunta a la descarga motora, llamado “progrediente” (Kroitor, 2007). De esta forma, resulta claro que no hay una descarga absoluta –ni siquiera parcial– de las excitaciones. Es el caso del heroinómano que, en su estado inmediatamente posterior al consumo, permanece inmóvil sin necesidades fisiológicas. Pero más interesante aún; aunque no hay descarga, el aparato psíquico deja de desear, por un periodo de tiempo es como si el deseo se satisficiera. Pese a que la adicción suple toda necesidad, no se puede afirmar que sea un reemplazo de la madre, ya que la droga no le devuelve palabra o deseo alguno, por lo que no se le puede atribuir un estatuto objetal. Lo que tenemos entonces no es una satisfacción del deseo sino una obturación de la falta por vía alucinatoria (Álvarez, Díaz y Osorio, 2013).

Hallamos en Le Poulichet (1987/2005) que con frecuencia en la adicción se pone en juego un intento de curar un dolor psíquico insoportable por esa misma carencia de ser.

Para Freud (1920/1992), el dolor psíquico está en el orden del trauma, es decir, que en el psiquismo han irrumpido fuertes cantidades de energía que rebasan la resistencia de la barrera antiestímulo y dejan una suerte de agujero. Entonces, el aparato psíquico de cualquier sujeto genera una respuesta para repararlo, y lo hace mediante un repliegue narcisista que consiste en retirar las investiduras del mundo exterior y redirigirlas al agujero mismo, concentrando todo su esfuerzo en reparar la ruptura, lo que ocasiona un vaciamiento del yo que deja al psiquismo en una situación de desvalimiento. Pensamos,

pues, que el adicto vive un dolor psíquico constante producto de un agujero dejado por la ausencia del objeto causa del deseo; hay una angustia de ser.

El dolor implicaría una organización narcisista diferente que requiere de una “supresión tóxica”, pues es tal el exceso de energía que la represión resulta ineficaz. La adicción cancela el dolor, ligando las excitaciones dolorosas que mantiene la organización narcisista de la libido o también llamada “estasis libidinal”, que prolonga la indiferenciación del adentro y el afuera, evitando una ligazón más importante todavía, la del sujeto a la cadena de significantes propia del lenguaje. Este efecto de reversibilidad del adentro y el afuera es una de las dimensiones de lo que Le Poulichet (1987/2005) llama “operación del *phármakon*”. Se crea, entonces, un montaje pseudopulsional en el que no se logran diferenciar las excitaciones provenientes del exterior con las producidas en el interior del aparato psíquico.

En la abstinencia se comienza a desvanecer dicha operación, y se constata en el discurso de los adictos como si les faltara una parte del cuerpo, como si los hubieran mutilado y, efectivamente, retorna el dolor psíquico como un dolor en el cuerpo. Vemos, pues, que al taponarse la falta, se genera un exceso por vía alucinatoria, un exceso que sirve de prótesis psíquica, que cuando no está es como si se sintiera la mutilación de un miembro del cuerpo. El repliegue narcisista es interrumpido, por lo que irremediamente el adicto es llamado a anclarse nuevamente en el lenguaje. Entonces, ¿qué ocurre con el cuerpo cuando deja de simbolizarse?

## El desanudamiento del sujeto

De acuerdo con Lacan (citado por Le Poulichet, 1987/2005), el sujeto se encuentra constituido por tres registros fundamentales que se anudan: lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real. Entonces, partimos de que toda persona está llamada a hacerse sujeto en el lenguaje, y es esta alienación la que permite entender el sentido de la esclavitud ya mencionado anteriormente. Así mismo, el sujeto es esclavo de su

semejante, toda vez que la elaboración del cuerpo se da gracias a que es el otro quien le devuelve una imagen de sí mediante la cual puede tener noticia del propio cuerpo como unidad. Se constituye, pues, el registro Imaginario como aquella representación que el sujeto construye de sí por medio de la percepción del semejante en el estadio del espejo (Lacan, 1966/1978). Es la vivencia de verse capturado en la imagen especular de otro ser humano que me devuelve mi propia imagen en tanto se parece a mí, pero que al tiempo se constituye en una alteridad, pues no soy yo. Esta imagen, que Lacan (1966/1978) llama instantánea, permite un reconocimiento de sí mismo, esta primera imagen especular que le es devuelta en forma de unidad es su yo ideal.

El reconocimiento de la imagen corporal estará en función del otro, quien le devuelve una imagen invertida de él, que en realidad no le pertenece, esa forma total del cuerpo que le es dada desde el exterior, más que constituida, es la que lo constituye, lo aliena a un otro y, a su vez, impide que esa imagen del yo ideal se alcance, incluso hace que se pierda cada vez más esa imagen del cuerpo que en realidad le pertenece al Otro, quien le representa en tanto imagen de sí y en tanto humano poseedor de un lenguaje que constituye la falta.

No obstante, las construcciones simbólicas e imaginarias del sujeto tienen como base un sustento material y orgánico sin el cual no serían posibles. Es justamente aquello inefable que no tiene lugar en el inconsciente ni en el lenguaje lo que se entiende como lo Real. Sin duda el cuerpo requiere un sustrato anatómico con sus órganos y sus diversas funciones, que conforman sistemas y procesos biológicos y fisiológicos, pero no va a ser suficiente la supervivencia para hablar de un sujeto del inconsciente. Por ejemplo, no basta con que un bebé sea atendido en sus necesidades fisiológicas para un desarrollo psíquico humanizante, pues si no se generan vínculos y afectos apropiados en los que se produzca una satisfacción mutua, se evidenciarán con prontitud perturbaciones psíquicas, como lo han mostrados los estudios de Spitz (1969), quien considera que las carencias afectivas o dichos vínculos actúan como toxina psíquica. Entonces, cuando no tiene lugar lo Imaginario y lo Simbólico, el sujeto se desvanece en lo Real.

Aunque Spitz (1969) se centra para sus afirmaciones en estudios experimentales con bebés, encontramos un punto en común con Le Poulichet (1987/2005) respecto a la idea de lo tóxico dentro del psiquismo como una perturbación que reduce el cuerpo a lo orgánico. La autora se remite a la obra de Freud para rastrear su idea de lo toxicológico y encuentra que cada vez que el padre del psicoanálisis hablaba de la histeria como una cuestión toxicológica, afirmaba que consistía en un “exceso” en la sexualidad y que las ensoñaciones de las histéricas se implantaban como “cuerpos extraños”. En el caso de la adicción, el efecto tóxico reduciría el cuerpo a algo meramente orgánico.

Ahora bien, para acceder a lo Simbólico hay que trascender lo Real, superar esa existencia orgánica y simbolizar el cuerpo. Eso real puro y primordial es la Cosa {*das Ding*} que, dice Lacan (1959, citado por Braunstein, 1990/2006), padece del significante. Dicho, en otros términos, el significante borra la Cosa en tanto la simboliza por la palabra, toda vez que la articula a los significantes. Acceder a lo simbólico oblitera la Cosa, el goce queda disminuido y el humano se ve obligado a expresarse merced a la articulación de significantes cuyo contenido es la falta en el goce (Braunstein, 1990/2006). Esto quiere decir que se pierde algo del goce para acceder a lo Simbólico. La articulación de significantes deja un saldo inasimilable, un resto, un *plusde* goce que es el objeto-*a*, causa del deseo. El deseo se dirige hacia la Cosa, pues sólo en ella es posible la abolición de la falta en ser. Pero como no es posible volver a ese estado anterior a la palabra, a esa Cosa mítica, el deseo hace metonimia, se articula en los significantes. “Es la función del lenguaje: matar la cosa dándole una nueva existencia, una vida desplazada [en la palabra]” (Braunstein, 1990/2006, p.79).

Con referencia a la adicción, encontramos que el sujeto lo que busca es sustraerse del Otro, anular el deseo y sumergirse en un goce primitivo, lo que implica encargarse de su propio cuerpo en tanto organismo. Entregar el cuerpo al Otro implica asumir una deuda simbólica, que se traduce en la renuncia al goce que no aparece en la adicción, en cambio se entrega al *phármakony* el costo es la renuncia al deseo para retener el goce, que es en última instancia la búsqueda del Nirvana, en el que las tensiones se ven reducidas a cero –en una palabra, es la búsqueda de la muerte psíquica–. Evitar la pérdida del

goce es también evitar la imposición de las limitaciones, es negar la falta por la instauración de la ley de la prohibición del incesto como mediadora de la cultura (Braunstein, 1990/2006).

Entendamos que no estamos hablando de un goce cualquiera, sino del goce de ser, un goce autoerótico que difiere del goce fálico, pues este último recurre al deseo, se sustenta en la falta y hace un rodeo por el cuerpo discursivo del otro, lo que permite el vínculo social y el recurso a la palabra, y que al ser fálico está regulado por un ordenamiento simbólico. Mientras que el goce autoerótico, como vimos, es un goce que prescinde del Otro, de la palabra y, de hecho, se opone al deseo, ya que está por fuera de la Ley. Es un goce que permite al sujeto una continuidad consigo mismo y no un investimento de los objetos.

Por medio de la “operación del *phármakon*”, el adicto buscará la creación de un cuerpo nuevo, uno propio, no ligado a las representaciones de *laimago* que le es dada por el otro. Pero aquí vale aclarar que esta creación de un cuerpo nuevo ocurre solamente en una dimensión alucinatoria. Dando como resultado la producción de un exceso, es decir, que habría demasiado cuerpo que no se articularía a la cadena de significantes, un cuerpo que no estaría dividido y que, al ser un cuerpo alucinado, tendría un lugar desde lo Real y no desde lo especular. Esa “demasia” de cuerpo ha de retornar una y otra vez a manera de goce, lo que constituye una forma de repetición. (Le Poulichet, 1987/2005).

Esta necesidad del adicto de eliminar al otro sumergiéndose en un narcisismo absoluto nos revela su búsqueda de autosuficiencia en todas sus funciones. A través del tóxico suple las necesidades de ese cuerpo orgánico, dando la impresión de poder velar por sus propios órganos y donde todo desequilibrio producido por las necesidades fisiológicas será compensado o, como diría Le Poulichet (1987/2005), se procura un psiquismo autónomo, buscando la administración directa del goce. Ese nuevo cuerpo le pertenece directamente al adicto y, así, no se perdería nada de carne, estaría fuera de toda representación en el lenguaje. Al crear su propio cuerpo y salirse de la cadena de significantes de manera provisional, anulando todo aquello que lo



hace sujeto, el adicto busca, en pocas palabras, dejar de ser sujeto (Le Poulichet, 1987/2005). Así, fuera de toda representación, no habría enajenación alguna, todo le pertenecería a él, no habría deuda alguna que saldar porque ya no sería esclavo del Otro ni de un otro, sino de la “operación del *phármakon*”; es ir de una dependencia simbólica y humana a una dependencia adictiva que no subjetiviza al no estar mediada por palabra o por deseo alguno (Pedinelli Bonnet, 2008). Pero resulta que el goce tiene su propio tiempo.

## La adicción: un tiempo propio

En la adicción, la “operación del *phármakon*” permite la abolición del tiempo sumergiendo al sujeto en una “autocronía”, dejándolo en el tiempo del goce; un tiempo circular que le permite replegarse sobre sí, renunciando al tiempo psíquico que se establece en la repetición propia del deseo y gesta un tiempo particular que va en espiral, se adelanta y se devuelve, siempre en busca de lo perdido, a diferencia del tiempo cronológico, el cual, según Braunstein (1990/2006), es un tiempo lineal que posibilita pensar un pasado, un presente y un futuro a partir de convenciones que ordenan los acontecimientos de forma sucesiva, seriada, y que organizan el discurso en la diacronía.

Primero comprendamos el tiempo psíquico. Le Poulichet (1994) lo define como un “tiempo identificante” puesto que permite la coincidencia o identificación de dos acontecimientos que, en apariencia, son heterogéneos, pero que se transforman mutuamente y cargan al cuerpo de un nuevo sentido, es decir, que le dan un lugar nuevo en el lenguaje. En esta vía entendemos por Freud (1899/1991) que el recuerdo no es el registro fiel de un acontecimiento vivido, sino que un elemento toma sentido en relación con otros. Así, una huella mnémica se liga a la otra, desplazándose de forma anacrónica, y se confieren identidad recíproca.

En el tiempo psíquico el pasado no se queda atrás, se instaura por medio de la “detención sobre imágenes” donde el pasado vuelve, pero no solamente como recuerdo sino como vivencia, es decir, ocu-

re una abolición del tiempo cronológico, el presente sería aquel tiempo que logra su identificación con un pasado que atraviesa el cuerpo discursivo, dándole un nuevo lugar y permitiéndole la formulación de un futuro produciendo la subjetivación en los encuentros con los otros y con el Otro (Le Poulichet, 1994).

Según Le Poulichet (1994), la noción de tiempo se establece en la “relación con lo que permanece absolutamente afuera” (p.30). Entonces cobran importancia dos dimensiones, adentro/afuera (excitaciones endógenas y exógenas) y presencia/ausencia, que son interiorizadas por medio de la repetición, de una búsqueda constante que se teje recíprocamente junto al anclaje a la cadena de significantes, dirigida al encuentro de una primera experiencia de satisfacción que, al no hallarse, perpetúa la búsqueda de una identidad de percepción que instaura el deseo. Aquí cobra importancia el concepto de trauma, entendido como exceso inasimilable que está destinado a volver, resultado de un encuentro con lo Real (Braunstein, 1990/2006).

De acuerdo con Le Poulichet (1994), el trauma es el encuentro real con un símbolo en un marco imaginario que le revela al sujeto el lugar que ocupaba sin saberlo. El encuentro deja una “acuñación” en el psiquismo que no ha sido significada, pero sólo después, cuando el sujeto tiene su mundo simbólico más organizado, es que un acontecimiento posterior permitirá significar la primera “acuñación”, esa que permanecía en un tiempo que no pasaba, mientras un acontecimiento nuevo la constituya como tal bajo una forma particular. Al efectuarse, gracias al encuentro con un símbolo, el trauma implica al otro semejante y rival que, en tanto espejo del yo, le devuelve la pregunta por el deseo del Otro. Visto así, el trauma subjetiviza, da lugar a la formación de síntomas y abre la pregunta por el deseo (Le Poulichet, 1994). Tenemos entonces que el deseo se orienta en la búsqueda de la coincidencia de dos huellas mnémicas. Si el pasado siempre vuelve, es por la constante búsqueda de ese *plus* de goce que es el objeto perdido. En el psiquismo hay un exceso intramitable que siempre vuelve: es el retorno del goce.

En la adicción encontramos la anulación del tiempo psíquico, ya que, al requerir del trauma, implica por tanto que dicho tiempo res-

ponde al deseo del Otro. Para dicha anulación el adicto recurre a la “operación del *phármakon*”, que le permite una continuidad consigo mismo, una “autocronía” (Le Poulichet, 1994), situándose en la dilatación de un instante que no permite el surgimiento de identificaciones entre representaciones y, por tanto, no le da un lugar al cuerpo discursivo en función del deseo del Otro.

El adicto se sumerge en un tiempo propio que no requiere de los otros ni del Otro, sino que se repliega en sí mismo, en una circularidad que no reconoce el afuera ni el adentro, permitiendo al adicto quedarse en el exceso, en el retorno constante del goce, de eso real que no se elabora ni se simboliza (Le Poulichet, 1994). En la adicción el sujeto se pierde en la suspensión del instante, de ahí la urgencia y angustia previa al consumo, pues el instante no da espera, pero a cambio se obtiene la posibilidad de perderse en la memoria, tal como se evidencia en el discurso de algunas personas en proceso de “rehabilitación” que pueden olvidarse de sus problemas, borrar recuerdos dolorosos mientras están consumiendo drogas.

## Conclusiones

En nuestra indagación encontramos que la adicción a las drogas está lejos de coincidir con las representaciones sociales del autoflagelo, pues, aunque se puede llegar a un extremo de degradación humana por la pérdida de la dignidad y las condiciones deplorables asociadas a la condición adictiva, es una situación que no se propicia con el fin de infligirse daño, más bien responde a un intento de evadir un dolor. Por medio de la “operación del *phármakon*” (Le Poulichet, 1987/2005), el adicto lo que procura es un repliegue narcisista que borra al Otro de la escena. Elimina el dolor psíquico de forma rápida y no se ve expuesto a la amenaza de los otros, ni a la de sus propios pensamientos. Aun así, deja un elevado costo en la vida anímica, que es la detención de los procesos del pensamiento y la ruptura con el vínculo social, lo que se traduce en la renuncia al deseo y, con esto, en la desubjetivación misma.

Sobre la segunda noción, el cuerpo, encontramos que es significado en la imagen especular que nos devuelve el otro, pero que, a la vez, es simbolizado gracias al lenguaje. Al prescindir de ambos, el cuerpo del adicto no se inviste libidinalmente, se reduce a un organismo no simbolizado que se queda en un goce tóxico, el lugar del cuerpo se queda en el sustento material de una existencia orgánica. Se puede decir que es una suerte de escisión entre lo psíquico y lo orgánico para resguardarse de cualquier efracción, a través de un exceso psíquico que funciona como prótesis. En una palabra, se sacrifica la simbolización del cuerpo en función de una protección psíquica.

Y, por último, la noción de tiempo, que se constituye en la continuidad/discontinuidad y la ausencia/presencia, en los ritmos impuestos por aquellas devoluciones y esperas de un mundo exterior e interior que incitan a una búsqueda de aquello que no está, constituyendo a su vez la dimensión espacial. El tiempo psíquico se transforma y, producto del adormecimiento del deseo, no da lugar a la diferenciación afuera/adentro, lo que propicia un repliegue narcisista en el que no se hallan objetos para investir más que el propio yo. En últimas, resulta la imposibilidad de evocar recuerdos o dar lugar a la aparición del síntoma, dada la ausencia de un ordenamiento simbólico de las vivencias, dejando al adicto detenido en el instante que ya no resulta doloroso al no ser significado mediante el trauma. Dicho de otra manera, en la adicción se pasa de un sometimiento al Otro, que permite un ordenamiento simbólico, a una entrega a la “operación del *phármakon*” que se traduce en una muerte psíquica. Esta operación deshace el nudo borromeo en el que se sostiene el sujeto; se desata del nudo simbólico del lenguaje, la Ley y la imagen del otro, quedando un cuerpo en lo Real.

## Referencias bibliográficas

Álvarez, A., Díaz, K., y Osorio, J. (2013). *Un montaje tóxico: entre una declinación del deseo y un salvamento mortal*. (Trabajo de grado para optar por el título de psicólogos). Universidad del Valle, sede Palmira.

- Braunstein, N. (1990/2006). *El goce. Un concepto lacaniano*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Cáceres, D., Salazar, I., Varela, M.y Tovar, J. (2006). Consumo de drogas en jóvenes universitarios y su relación de riesgo y protección con los factores psicosociales. *Universitas Psychologica*, 5(3), 521-534.
- Castaño, G. y Calderón, G. (2010). Consumo de heroína en Colombia, prácticas relacionadas e incidencia en la salud pública. *Revista Cubana de Salud Pública*, 4(36), 311-322.
- Derrida, J. (1975). *La farmacia de Platón*. Madrid, España: Editorial Fundamentos.
- Freud, S. (1895/1992). Proyecto de psicología. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. i). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1899/1991). Sobre los recuerdos encubridores. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. III). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1900-1901/1991). La interpretación de los sueños (segunda parte). Sobre el sueño. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. v). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/1992). Más allá del principio del placer. En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. XVIII). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gutiérrez, V. (2010). El falo en la cultura. *Comunidad virtual Russell*. Recuperado de: <http://www.comunidadrussell.com/default.asp?contenidos/textos/elfalo.html>
- Kroitor, G. (2007). Pulsión y deseo en la obra de Sigmund Freud (Conferencia dictada el 3 de octubre). Recuperado de: <https://www.google.com.co/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&ved=0CDIQFjAB&url=http%3A%2F%2Fsaludypsicologia.com%2Fwp-content%2Fuploads%2F2011%2F01%2FConferencia-Pulsion-y-Deseo-completa.doc&ei=NhXTUu30LsrSsASgpYDgDA&usq=AFQjCNGmZ1PFAUXsgJ6gbZRY6Cuvqv0qmg&sig2=1Ens0NY185ovdoj3eNVt7g&bvm=bv.59026428,d.cWc&cad=rja>
- Laespada, T., Iraurgi, J.y Aróstegi, E. (2004). *Factores de riesgo y de protección frente al consumo de drogas: Hacia un modelo explicativo del consumo de drogas en jóvenes de la CAPV*. San Sebastián, España: Instituto Deusto de Drogodependencias, Universidad de Deusto.
- Lacan, J. (1956/1994). Clase I, II, y II. En *El Seminario, Libro 4: La relación de objeto (1956-1957)*. Texto establecido por Jacques-Alain Miller (Eric Berenguer, Trad.). Argentina: Paidós Ibérica.
- Lacan, J. (1966/1978). El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1*. (Tomás Segovia, Trad.). México: Siglo Veintiuno Editores, 11-18.

- Le Poulichet, S. (1987/2005). *Toxicomanías y psicoanálisis: la narcosis del deseo*. (José Luis Etcheverry, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Le Poulichet, S. (1994). *La obra del tiempo en psicoanálisis*. (Irene Agoff, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Mathelin, C. (2001). La sonrisa de la Gioconda. En *La sonrisa de la Gioconda: clínica psicoanalítica con bebés prematuros*. Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- Mcdougall, J. (2001). La economía psíquica de la adicción. En *Anorexie, addictions et fragilités narcissiques* (Vladimir Marinov, Dir.), Paris: PUF. Traducción de Pierre Ángelo González.
- Pedinielli, J. L. y Bonnet, A. (2008). Aporte del psicoanálisis a la cuestión de la Adicción. *Revue Psychotropes*, 14(3), 41-54. Traducción de Pierre Ángelo González.
- Safouan, M. (1968/1971). De la estructura en psicoanálisis. Contribución a una teoría de la carencia. En *¿Qué es el estructuralismo?* (Ricardo Pochtar, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Editorial Losada, 255-316.
- Spitz, R. (1969). Perturbaciones psicotóxicas. En *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.